

TU CASA, TU MUSEO, TU MAUSOLEO. Alberto Campo Baeza

Sobre el habitar

CUEVA, CABAÑA, CASA

Primero fue la cueva. El hombre, animal con una clara racionalidad todavía poco desarrollada, poco desplegada, para guarecerse del frío y de la lluvia, y para defenderse del ataque de otros animales irracionales, se refugió en la cueva. La tierra, la roca, lo pétreo, lo pesante, lo oscuro, acogió en sus entrañas al hombre. Y aquella racionalidad, con toda su capacidad de creación, imprimió las huellas de su imaginación, de su memoria, sobre aquellas paredes, pintándolas.

Después vino la cabaña. El hombre pensó que podía construir lo tectónico. El pájaro construía su nido y la abeja su panal con unas leyes impresas, difíciles de describir pero con perfecta y ciega exactitud. El hombre comprendió, aunque todavía de manera inconsciente, las leyes de la gravedad y levantó su cabaña. Con troncos y ramas, cueros o con piedras, o con barro y paja, o con bloques de hielo, Y siempre con la razón que, también de una manera poco consciente, mucha intuición y consustancial con la naturaleza, empleaba mecanismos geométricos y principios estructurales básicos, elementales e imprescindibles. Y aunque también fuera para guarecerse y para defenderse pudo ya, con más libertad que con la cueva, elegir el sitio, decidir el lugar y la forma de su estancia. Y su capacidad de creación, que en la cueva fue de la mano de la pintura, se manifestó aquí -así querría yo entenderlo- de la mano de la arquitectura, de la más primitiva arquitectura. El hombre pudo ya decidir el lugar en el que asentarse y la forma de la arquitectura que le acogía.

Y al final llegó la casa. El guarecerse y el defenderse se transformaron en el habitar. Y el hombre, dominando ya el espacio, conformado por los correspondientes planos, concibió la posibilidad de controlarlo. De proporcionarlo. Y vio que con la luz enriquecía su obra. Y así, dominando la gravedad y la luz, de manera ya más consciente, perfeccionó la Arquitectura. Y la Arquitectura fue así una manifestación mas, quizá la más humana de la cultura. De esa cultura que va decantando el pensamiento del hombre a lo largo de los tiempos.

Si el hombre como animal se refugió en la cueva y como racional construyó la cabaña, el hombre culto, creador, concibió la casa como morada para habitarla. Y en eso estamos.

CASA, MUSEO, MAUSOLEO.

Como explicar a la gente sin herirla que en la inmensa mayoría de las ocasiones sus casas son un horror, son como museos de todos los horrores, son como horrorosos mausoleos para enterrar lo inconfesable?. Por dentro y por fuera. Aunque también es verdad que en la inmensa mayoría de las ocasiones la culpa es de los arquitectos.

En su interior hoy las casas son como templos presididos por el ojo polifémico, el televisor. Entronizado en un altar con ruedas que nunca se mueve. La estúpida caja se convierte en el foco de un espacio, ¿espacio?, que suele ser acumulación de sofás y butacas. A su alrededor, llenándolo todo, numerosas mesitas y estanterías, repletas de ceniceritos y cacharritos y figuritas y objetos múltiples... para ser usados nunca. Como homotecia de un museo de aquellos que obligadamente se recorren en los habituales viajes turísticos programados. Y todo ello, entreverado con multitud de macetas donde nunca falta un tronco de Brasil, que dan a la estancia un carácter selvático.

Y como la luz natural, la gran aliada de la arquitectura, su material imprescindible, es persona no grata para la buena visión de la caja tonta, unas enormes cortinas suelen tapar la gran cristalera que el arquitecto decidiera un día colocar a la terraza. Pues la terraza, o su caricatura, suele ser el elemento con que se rematan casi siempre estas estancias.

Si esta descripción de la realidad de muchas casas, nos lleva a pensar que, más que una casa para habitar, son espacios para adorar a la televisión, podría hacer una descripción paralela en como se concibe, muchas

veces la arquitectura, ¿arquitectura?, en la que están inmersos estos espacios. Y con la misma superficialidad con que ocurre todo lo descrito se genera mucha de la arquitectura de las viviendas que nos rodean. Como museo de los caprichos recolectados por la superficialidad de los arquitectos en la frivolidad de las revistas. Como mausoleos donde enterrar, usuarios y arquitectos, sus pasiones más inconfesables. Como una exaltación universal de lo que los clásicos llaman horror al vacío. Con tal de no pensar. Porque pensar es siempre la solución, es lógico para el hombre. Para el arquitecto a la hora de concebir los espacios. Para los usuarios a la hora de disfrutar de ellos.

FACTORES DE CAMBIO

Tras el proceso del hombre que se refugia en la cueva, construye la cabaña y concibe la casa, han aparecido nuevos factores que han vuelto a producir cambios cualitativos en esa casa creada por él: factores sociológicos y factores tecnológicos.

Sociológicamente, la relación entre los habitantes se ha abierto. La desaparición del servicio, o su entendimiento como un miembro más de la familia ha cambiado mucho, aumentando la confianza en detrimento de la jerarquía. Y también la relación con los miembros del exterior, que no tienen ya áreas cerradas en el espacio de la casa. Todo ello lleva en definitiva a una reducción de la privacidad y a una mayor apertura, también del espacio. A todo ello se une, o es precisamente el factor que lo provoca, la reducción de la superficie de las viviendas . hasta llegar a los límites, ridículo e imposibles, de la que se llamó “vivienda mínima”.

Tecnológicamente, el cambio y sus consecuencias han sido enormes. El acero y el hormigón armado han otorgado a la estructura una libertad, en horizontal y en vertical, antes impensable. El ascensor hace posible el acceso a esa superposición de planos en vertical. El vidrio plano otorga la transparencia, la continuidad, la luz total. Y el aire acondicionado acude allá donde haga falta. En definitiva, es posible casi todo.

O sea que encontramos hoy al hombre creador de la casa, al arquitecto, con casi todas las posibilidades en sus manos. Y paradójicamente es en este momento crucial, de relaciones abiertas y tecnología eficaz, cuando, a la hora de concebir y de usar los espacios habitables, volvemos a sacar a la luz lo más primitivo de nuestro ser, en el sentido más peyorativo del término “primitivo”.

PENSAR, PENSAR, PENSAR

Claro que la solución sería, lo es: pensar, lo más propio del hombre. Los arquitectos, pensar que están haciendo. Quizas el problema de los arquitectos se resolvería dedicando tiempo, más tiempo a su trabajo. Para poder concebir con precisión estos espacios para habitar. Los usuarios, pensar como usar esos espacios. Para hacerlo adecuadamente. Y poder disfrutar de ellos. Y, quizás, volver a pensar, a conversar, a leer, a vivir, a habitar.

SOCIALIZAR, QUEMAR, RECLAMAR

Parecería que el enunciado de estos tres verbos fuera una propuesta de convocar a la revolución. Pues en cierto modo sí lo es.